

---

# *Australia y la economía global,* de Dick Bryan y Michael Rafferty

---

**María Cristina Rosas González\***

---

Es lugar común asumir que debido a la vertiginosa dinámica económica en el mundo —atribuida a la globalización—, los países no tienen más remedio que aceptar con resignación, que el curso de los acontecimientos internacionales es un elemento definitorio de sus políticas nacionales. Así las cosas, se considera que es insensato pensar a las relaciones económicas internacionales en otros términos, dado que los regímenes como los que en los tiempos de la guerra fría optaron por la planificación central, hoy abrazan al capitalismo. Inclusive los territorios de los llamados *países de industrialización reciente* como Corea del Sur, Taiwán, Singapur y Hong Kong,<sup>1</sup> que alguna vez llegaron a ser considerados como *paradigmas del desarrollo*, tras la crisis financiera de 1998 dañaron de manera sensible la noción de que la intervención del Estado en la conducción de la economía es deseable.

Australia, al lado de Nueva Zelanda, son tal vez de los pocos países en el mundo industrializado que se embarcaron en ambiciosos programas de liberalización

comercial, de desregulación financiera, y de privatización, y en un periodo corto. Inclusive para Cambera fue muy importante evaluar las reformas económicas que tanto Nueva Zelanda como México llevaron a cabo, porque fueron un referente en la reestructuración instrumentada por los australianos.

Así, ante el discurso de la “inevitabilidad” de la globalización, no deja de asombrar que Dick Bryan, profesor de economía de la Universidad de Sydney y Michael Rafferty, profesor de comercio internacional y finanzas en las universidades de Sydney Occidental, Nepean y Uppsala, en Suecia, lleven a cabo una reflexión en la que postulan una revalorización de lo que la globalización ha implicado para Australia. Les preocupan, sobre manera, los impactos del proceso, los cuales, a su juicio, no son ponderados como es debido, ni por los defensores del libre mercado ni por quienes postulan la intervención estatal.

Aun cuando se han escrito numerosos estudios para destacar el impacto de la globalización sobre Australia y la manera en que los australianos participan en la economía internacional,<sup>2</sup> los elementos que los diferencian de la obra de Bryan y Rafferty son tres, a saber: 1) que la globalización es analizada desde la óptica de la economía política, dado que si bien se reconoce que se trata de un fenómeno económico, también posee dimensiones en esferas como la política, la social y la cultural; 2) que es necesario analizar a la globalización tanto desde la perspectiva de la teoría económica or-

\* Doctora en Relaciones Internacionales y Estudios Latinoamericanos por la UNAM. Profesora de carrera adscrita al Centro de Relaciones Internacionales de la FCPYS en el área de política internacional y regiones.

<sup>1</sup> La denominación de “país” para las entidades citadas, no es del todo correcta si se considera que el *status* político de todas ellas es dudoso. Así por ejemplo, Corea del Sur es una parte de la península coreana y el gobierno de Seúl, desde el año 2000, ha venido promoviendo un acercamiento con Corea del Norte, en lo que muchos perciben como el inicio de la reunificación. Taiwán, para Beijing, constituye una provincia china, en tanto para Taipei es prácticamente otro país que lucha por el reconocimiento internacional. Singapur, debido a su tamaño, es considerado una especie de ciudad-Estado. Por último, aunque Hong Kong ya forma parte, de manera oficial, de China, cuenta con un *status* especial que mantendrá vigente en las siguientes décadas. Mientras tanto, Hong Kong es otra provincia china.

<sup>2</sup> Véase por ejemplo Barrie Duster y David Meredith, *Australia in the International Economy in the Twentieth Century*, Melbourne, Cambridge University Press, 1990, 362 pp.

todoxa como de los planteamientos que estipulan sus limitaciones; y 3) que en vez de rechazar a la economía neoclásica hay que ser cautelosos en la sugerencia de “soluciones” nacionales. Por lo tanto, se trata de una obra que apunta a un análisis objetivo y que se aleja de forma considerable de las típicas descalificaciones que suelen formular ciertos académicos e intelectuales acerca de la globalización, así como quienes, al otro extremo de la mesa se pronuncian contra el intervencionismo estatal por considerar que restringe la libertad económica.

Así, los autores van más allá de la crítica común y predecible y plantean, en cambio, las siguientes propuestas: en primer lugar, más que preocuparse por la competitividad, Australia debería dirigir su atención a los niveles de vida de la población, dado que la finalidad última de la actividad económica es el bienestar social. Que la competitividad sea lograda, por ejemplo, a través del recorte salarial y condiciones laborales de explotación, es, al decir de Bryan y Rafferty, “perverso” (p. XXI). En segundo lugar, debe crearse una forma alternativa en torno a la articulación de las cuentas nacionales, dado que la escuela keynesiana no alcanza a ponderar la manera en que se ha globalizado el proceso de acumulación y expansión del capital. Al respecto, los autores comentan que:

De manera particular, las cuentas nacionales ignoran una gran parte de la actividad financiera internacional que es motivada por el proceso de acumulación pero que es negada en las “cifras oficiales” y en el debate de la política nacional. Para entender la globalización y sus manifestaciones a nivel nacional se necesita información acerca de los procesos mediante los cuales las finanzas, las materias primas y la producción se desplazan en el ámbito internacional, y en torno a dónde y cómo son usados. Existe la necesidad de “monitorear” la actividad económica como un flujo en el interior de y entre las corporaciones (p. XXII).

De hecho, el que el título del libro sea *La economía global en Australia* y no *Australia en la economía global* denota que los autores pretenden monitorear el proceso de acumulación del capital más que los agregados a nivel nacional. Baste mencionar que las grandes corporaciones operan en una economía globalizada con la idea de maximizar los beneficios y minimizar la

carga tributaria, por lo que el monitoreo de esos movimientos a escala nacional se torna imposible. De ahí que, por ejemplo, la Oficina de Impuestos de Australia se encuentre trabajando con otros países para diseñar medidas de monitoreo de las grandes corporaciones del mundo.

El libro se divide en dos partes y nueve capítulos. La primera parte, que incluye los primeros cinco capítulos, debate si Australia es en realidad una economía. La segunda parte intenta hacer cálculos sobre la participación de la economía global en Australia (nótese, no de Australia en la economía global) a través de estimaciones en materia de inversión extranjera, finanzas y comercio internacionales.

La pregunta acerca de si Australia es una economía, es muy pertinente:

En primer lugar argumentamos que la categoría “economía nacional” se construye de forma social, histórica e ideológica; en segundo lugar, a pesar de esa base, ésta categoría ha sido absorbida en el análisis económico como una unidad fundamental y “objetiva” de estudio. La adopción, sin crítica, de la [idea de la] nación como una unidad económica ha hecho que la economía convencional (y también los economistas radicales) sea [n] incapaces de responder de manera creativa a los desafíos teóricos y analíticos que la globalización ha traído aparejados en las pasadas dos décadas. El análisis económico que es presentado como “objetivo” y “científico” reposa en la categoría de la economía nacional, como si se tratara de una piedra angular inmutable. El problema para los economistas convencionales (y radicales) es que no cuentan con la capacidad conceptual para repensar esta categoría pivote de una manera más social, cultural e ideológica. Esto consideramos que muestra una limitación notable en el análisis económico y en la economía política que se deriva de ese análisis (p. 35).

Cuando se analiza el déficit que tiene Australia en su balanza de cuenta corriente se asume que es “la nación” la que importa y exporta bienes y servicios —y no empresas en particular— y que el agregado de esas prácticas nacionales, si se convierte en un déficit, debe ser tratado como un problema “nacional”. Así, a los australianos se les dice que están importando más que lo que exportan y que están viviendo más allá de sus

posibilidades, por lo que en adelante deberán ajustarse el cinturón. Como resultado, se han creado políticas de austeridad fiscal. Por ejemplo, en los años ochenta se redujo el ingreso a fin de disminuir la demanda de importaciones y abaratar las exportaciones. En los noventa la misma política se ha justificado sobre la base de la necesidad de incrementar el ahorro en los sectores público y privado, disminuyendo así, se supone, la necesidad de inversión extranjera. En la práctica, el déficit en cuenta corriente que ha sido el producto de decisiones de corporaciones privadas hechas en un contexto global, se convierte en una carga para la sociedad australiana, pese a que no hay una conexión clara entre el actual déficit en cuenta corriente y el nivel de la actividad económica dentro de Australia y por lo tanto no se justifica que el déficit sea la responsabilidad de todos los australianos. Ocurre que es la ideología nacionalista la que asume como responsabilidad colectiva de los australianos la necesidad de cargar con los costos del déficit en la balanza de cuenta corriente.

En el tema de la deuda externa también existen serias imprecisiones conceptuales. Hoy en día resulta difícil distinguir entre la deuda interna y la deuda externa y en el caso australiano conviene enfatizar que se han hecho esfuerzos para documentar el declive de la deuda pública y el aumento de la deuda privada en el remoto país del Pacífico Sur. Así las cosas, el sistema de cuentas nacionales demanda que todos los préstamos sean atribuidos a una nacionalidad, misma que es determinada de conformidad con el prestamista en vez de analizar el lugar en el que los fondos son usados. Así, la mayor parte de la deuda catalogada como australiana, es en realidad la deuda de corporaciones registradas para efectos de la balanza de pagos como

“australianas”. Así, la deuda externa de Australia creció de forma rápida a mediados de los años ochenta en la medida en que las compañías de origen australiano solicitaron cuantiosos préstamos para financiar sus actividades domésticas e internacionales. Se calcula que en 1989 la mitad de la deuda externa del sector privado (o bien un tercio de la deuda externa neta) se destinó a financiar las inversiones fuera de Australia. Así, la política a favor del “nacionalismo estadístico” deriva en que la deuda privada es socializada, creando la imagen de que es una deuda atribuible a todos los australianos y por lo tanto son todos los australianos los que deben sacrificarse y generar una balanza comercial superavitaria para pagar la deuda. A manera de conclusión en esta primera parte del libro, los autores consideran que la noción de Australia, como una unidad económica, puede llevar a consideraciones erróneas y costosas para la sociedad de ese país. En la segunda parte, los autores consideran que el análisis debe ser “desnacionalizado” (entendido esto como una desagregación en la que se identifiquen con claridad las acciones de las corporaciones respecto a las de la sociedad australiana) a fin de tener una evaluación correcta de cuántas cosas hace la economía internacional en Australia y de ellas, cuántas generan responsabilidades en los australianos. Interesante reflexión, sin duda, dado que lleva a pensar a la globalización de una forma distinta.

Dick Bryan y Michael Rafferty,  
*The Global Economy in Australia. Global  
Integration and National Economic Policy*,  
Saint Leonards, Allen and Unwin, 2001, 277 pp.